



SALLY GARDNER

Ilustraciones de
David Roberts

LOS DESEOS
DEL ELFO



HADAS S. A.

AGENCIA DE DETECTIVES MÁGICOS

LOS DESEOS DEL ELFO



AGENCIA DE DETECTIVES MÁGICOS

SALLY GARDNER

Ilustraciones de

David Roberts

LOS DESEOS
DEL ELFO



AGENCIA DE DETECTIVES MÁGICOS

ANAYA

Título original: *Wings & Co. Three Pickled Herrings*

1.ª edición: febrero de 2015

© Del texto: Sally Gardner, 2012

© De las ilustraciones: David Roberts, 2012

Publicado por primera vez en Gran Bretaña por Orion Children's Books.

© De la traducción: Jaime Valero Martínez, 2015

© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2015

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-678-7098-5

Depósito legal: M-32954-2014

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la nueva
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

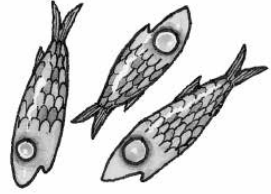


Para mi querida amiga, Rosa Weber,
sin ella estaría perdida





Capítulo uno



La señora Fosset estaba en el descansillo del primer piso, plumero en mano, cuando el reloj del vestíbulo comenzó a marcar la hora.

—Las nueve en punto —dijo la mujer en voz alta, dirigiéndose a la silla y a las cortinas.

Observó desde la ventana a su patrón, Sir Walter Cross. Se encontraba al fondo del jardín, junto al estanque congelado, alimentando a sus patos. Como de costumbre, estaba junto al viejo sauce llorón, que aquella mañana tenía las ramas cubiertas con una capa de escarcha. Donut, su fiel y diminuto perro salchicha, estaba muy gracioso pegando brincos y ladrando en derredor.

—Podría medir el tiempo de cocción de un huevo en base a los horarios del viejo y no se me pasaría

nunca —dijo la señora Fosset—. Es un hombre de costumbres.

Aquellas costumbres de Sir Walter implicaban ciertas rarezas. La primera era que, ya lloviera o hiciera sol, siempre llevaba consigo un paraguas de juguete. Era un misterio para la señora Fosset. Ese paraguas no protegería de la lluvia ni a un gnomo de jardín. Sir Walter también tenía estrictamente prohibido que nadie más saliera al jardín mientras alimentaba a sus patos. Después de quince meses trabajando para aquel anciano solterón, la señora Fosset seguía sin saber por qué.

Coincidiendo con el tañido de la última campanada del reloj del vestíbulo, ocurrió algo extraordinario. Sir Walter Cross pareció alzarse de sus botas ortopédicas, al tiempo que emergía un humo morado de sus pies enfundados en calcetines rojos. Se elevó por los aires, primero lentamente, y después, por imposible que parezca, comenzó a levitar a menos de un metro del suelo como si formara parte de un truco de magia. El fiel Donut comenzó a ladrar como un loco y saltó hasta que consiguió aferrarse con los dientes a la parte inferior de la pernera de los pantalones de Sir Walter.



Tirando con todas sus fuerzas, intentó bajar de nuevo a tierra a su amo. Al principio pareció que el aguerrido can acabaría por conseguirlo, pero unos petardos estallaron bajo los pies de Sir Walter y ambos ascendieron hacia el cielo a toda velocidad. Donut se aferró a su amo con todas sus fuerzas para salvar el pellejo.

La señora Fosset se quedó inmóvil, impotente, mientras contemplaba la terrible escena que se desarrollaba ante sus ojos. Era una mujer bastante mundana, de modo que el suceso que estaba presenciando le pareció inconcebible. Sujetó con fuerza el plumero contra su pecho y le flaquearon las piernas.

Los acontecimientos que estaban teniendo lugar al otro lado de la ventana dieron un giro a peor. La pernera del pantalón de Sir Walter se desgarró y Donut cayó, al principio con alarmante velocidad, de vuelta a tierra. Pero antes de que impactara contra el suelo se detuvo por completo. A ojos de la señora Fosset, era como si alguien hubiera agarrado en vilo a Donut y lo hubiera posado suavemente sobre la hierba congelada. El perro se puso a ladrar como un loco mientras Sir Walter continuaba su ascensión, por encima de la casa, por encima de los árboles. Sir Walter

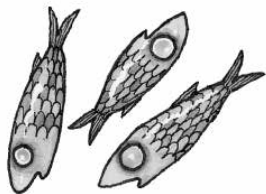
estaba gritando, pero el doble acristalado de la ventana impidió que la señora Fosset pudiera oír lo que decía.

La criada no había visto nada igual en toda su vida. Sir Walter se encontraba a la misma altura que el campanario de la iglesia, suspendido por los aires como si se encontrara sobre una plataforma invisible en el cielo. Entonces, para horror de la señora Fosset, Sir Walter perdió el equilibrio. Dejando tras de sí una estela con los colores del arcoíris, cayó en picado como si fuera una piedra. Nadie lo detuvo, no; cayó a plomo sobre el suelo como una cegadora lluvia de estrellas en mitad del frío y grisáceo cielo de la mañana.

Presa de una terrible ansiedad, la señora Fosset llamó a una ambulancia y a la policía mientras el joven jardinero, Derek Lowe, que estaba en la cocina, salía corriendo hacia el fondo del jardín. Encontró a Sir Walter en el borde del estanque de los patos, con el cuerpo extendido, las botas apuntando hacia el agua y sus pies enfundados en calcetines apuntando hacia el cielo. Estaba muerto. Donut había desaparecido.



Capítulo dos



Cuando el detective James Cardwell llegó a la mansión georgiana de Sir Walter Cross, descubrió que el sargento Litton de la policía de Podgy Bottom había llegado antes que él. El detective Cardwell no tenía buena opinión de aquel sargento con cara de tubérculo.

—Tengo la situación bajo control —dijo el sargento Litton, que estaba dando pisotones en el suelo y frotándose las manos al tiempo que empezaban a caer unos copos de aguanieve—. Maldito frío. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

—¿Cómo murió? —preguntó el detective Cardwell.

—Por lo visto, Sir Walter falleció de forma repentina y cayó al suelo —respondió el sargento Litton.



—¿Alguien vio algo? —preguntó el detective Cardwell.

—No hay circunstancias sospechosas, eso se lo puedo asegurar —dijo el sargento Litton.

—¿Qué dice su criada, la señora Fosset?

—Tonterías sobre que Sir Walter salió disparado por los aires con su perro aferrado a la pernera del pantalón. Esa mujer está chiflada. No hay quien se crea una sola palabra de lo que dice. ¿Cómo va a salir alguien disparado por los aires? Es imposible.

James Cardwell se agachó y examinó detenidamente el cadáver.

—¿Dónde está el perro? —preguntó.

—Se escapó —dijo el sargento—. Mire, en este asunto no hay más de lo que se ve a simple vista. —Serio—. Lo único que me gustaría saber es por qué caballo apostó en la carrera de las dos y media en Cheltenham.

—¿Le gusta apostar a los caballos? —preguntó el detective Cardwell.

—No, no tengo costumbre —dijo el sargento—, pero en este caso no sería una apuesta, ¿no le parece? Sería una victoria segura. Sir Walter Cross era famo-

so por el don que tenía para elegir siempre el caballo ganador.

El detective Cardwell no dijo nada. Se quedó quieto unos minutos, contemplando la casita de los patos, antes de recorrer lentamente el camino que rodeaba el estanque. Sintió que sus alas de hada comenzaban a alejarse bajo su camisa. Después de haber esperado cien años para recuperarlas, aún tenía que volver a acostumbrarse a esa sensación. Cada vez que algo no andaba bien, sus alas empezaban a agitarse..., y decididamente había algo que no andaba bien en ese caso. Por suerte, hacía suficiente frío como para poder llevar un abrigo grueso. Sería un engorro explicarle lo de las alas batientes al sargento. O, para el caso, a cualquier otro miembro del cuerpo de policía. Estaba próximo a una junquera cuando se topó con el jardinero.

—Un caso muy extraño —dijo Derek Lowe.

—Desde luego —asintió el detective Cardwell—. ¿Vio lo que ocurrió?

—No, no lo vi. Pero la señora Fosset sí, y no es una mujer que vaya por ahí inventándose cosas. Dijo que el viejo ascendió como un cohete y se desplomó como una roca.

—Eso he oído. ¿Fue usted el primero que vio el cadáver?

—Sí..., y pude ver las pisadas de Sir Walter —dijo el jardinero—. Estaban claramente marcadas en la escarcha, así como las de Donut. Sir Walter no permitía que nadie saliera al jardín mientras alimentaba a sus patos. Pero hay algo que no consigo explicar: junto al lugar donde yacía había un rastro de pequeñas pisadas que conducían hasta el sauce y se detenían allí. La gente no aparece de la nada para luego volver a desvanecerse, ¿verdad?

Las alas de James Cardwell se agitaron con más fuerza todavía.

—Gracias —dijo—. Ha sido de gran ayuda. ¿Podría decirle a la señora Fosset que me gustaría verla?

«Una intromisión mágica», pensó el detective Cardwell mientras se reunía con el sargento Litton. Aquel caso tenía todos los indicios típicos de una intromisión mágica.

ASCÉNDE A LA TIENDA MÁGICA



¿Qué tienen en común una niña huérfana,
un gato parlanchín y un detective gruñón?
Que juntos forman Hadas, S.A., la famosa agencia
de detectives mágicos.

Cuando un hombre sale disparado repentinamente
por los aires y muere al caer al suelo, los detectives
sospechan de una intromisión mágica. No tardan
en surgir nuevos casos que implican desastres
y mala suerte, de forma que Emily, Buster y Fidel
se encuentran no con uno, sino con tres
misterios por resolver.



www.anayainfantilyjuvenil.com

1578215

ISBN 978-84-678-7098-5



9 788467 870985

Ilustración de cubierta: David Roberts

ANAYA